



Reseña de *El país de la guerra*, de Martín Kohan, Eterna Cadencia Editora, Buenos Aires, 2014, 320 pp.

Del país de la guerra a la guerra del país

La inversión del orden del título se debe a que quisiera preguntarme si esas guerras en las que Martín Kohan rastrea el mito fundacional de la nación argentina no son UNA guerra.

Kohan repasa la manera en que el mito de la guerra, más precisamente la idea de que la Argentina en tanto nación es fruto de la guerra, adquiere eficacia no simplemente como ejercicio de la violencia bélica, sino más bien como forma de narrar la nación. Una forma de narrar la nación que supo tener diferentes contenidos, pudo haber sido la fórmula alberdiana o la mitrista, la civilización de Sarmiento o la espada sanmartiniana, pero que siempre implicó “un trazado de fronteras, un despliegue de ocupaciones y desocupaciones territoriales, un juego de avances y de expulsiones”, p. 30. Es decir, lo que muestra el texto es que, más allá de las versiones, ese trazado de fronteras construye un espacio que no hace necesariamente a un territorio en términos más topológicos, sino que es un espacio de representación simbólico en que están distribuidos ciertos lugares y ciertas jerarquías (las que después, lamentará Lugones, la democracia vino a malograr con la “chusma radical”).

Creo que esto está logrado de manera muy potente en el texto. Kohan deja ver la manera en que la guerra va articulando esa distribución de lugares y va adquiriendo una especificidad formal que recorre todos los contenidos que se fueron dando. En definitiva, el mito del país de la guerra (junto a otros, como el mito de la Atenas de Sudamérica y los descendientes de los barcos) es uno de los mitos que dan forma, que estructuraron y estructuran la vida comunitaria en nuestro país.

En más de un sentido, creo que Kohan acierta porque el mito del país de la guerra es *primus inter pares*. Porque es la guerra la que produce una frontera que opera en todas las versiones que presenta el libro. Es la frontera entre lo anárquico, lo irregular, lo informe, lo desordenado, lo ignorante, la repetición, la obcecación, la insistencia ciega, etc., y lo disciplinado, lo obediente, lo regularizado, el orden, el conocimiento, la racionalidad del cálculo, la madurez, lo estratégico.

Esa frontera se condensa en la frase “Quiroga es el mar” (p. 56). Agitado, embravecido, inestable, impredecible. Pero derrotado por Paz, adalid de lo razonado y de la claridad que sólo “la firmeza de la tierra firme” puede otorgarle. Como explica Rancière, en *En los bordes de la política* haciendo referencia a Platón, la empresa política puede ser pensada como una polémica antimarítima. La política parece comenzar siempre en algún borde, por lo que hay que fundar siempre una política

distinta, “que vuelva las espaldas al mar”, que se aleje de esos bordes y esas olas. Que funde una ciudad de pastores, como bien dice Sarmiento de Paz “es el primer general ciudadano que triunfa del elemento pastoril” (p. 58).

El capítulo sobre Paz es realmente revelador de una frontera interna con la que la guerra divide la vida comunitaria en dos. En esa nota a pie de sus *Memorias póstumas*, Paz convence a una partida de gauchos de que él no es el enemigo, de que tanto él como ellos están en el mismo bando. La indisciplina del gaucho, la ignorancia, puede ser templada con persuasiones y ejemplos, reconciliada con la civilización. Hacer de los gauchos soldados implicaba para Paz reconvertir la violencia salvaje (la violencia popular dice Kohan a lo largo de este capítulo), en “violencia disciplinada, regular, controlada” (p. 65).

Esta lógica del mito del país de la guerra se extiende a la política. O dicho con otras palabras, el trabajo del mito es siempre un trabajo político. Si el gaucho no llegaba a ser soldado, los individuos que estaban en esa comunidad política como miembros del *demos*, no llegaban a ser ciudadanos plenos. Así como el gaucho, a pesar de que peleaba y guerreaba no era soldado, había individuos que habitaban una comunidad de derecho pero no eran ciudadanos. Era la república posible. Vale la pena citar a Alberdi:

“La inteligencia y la fidelidad en el ejercicio de todo poder depende de la calidad de las personas elegidas para su depósito; y la calidad de los elegidos tiene estrecha dependencia de la calidad de los electores. El sistema electoral es la llave del gobierno representativo. Elegir es discernir y deliberar. La ignorancia no discierne, busca un tribuno y toma un tirano. La miseria no delibera, se vende. Alejar el sufragio de manos de la ignorancia y de la indigencia es asegurar la pureza y acierto de su ejercicio.”¹

Paz pretende regularizar y manejar la violencia popular para el ejército, volverla útil, darle una dirección, poder activarla y desactivarla cuando sea necesario. Sin embargo, siempre hay un resto que perdura, que resiste. La captura de lo popular siempre tiene ese resto inasible que acosa como un espectro. Tal como sucedió luego en 1916, “lo bárbaro siempre subsiste y puede reaparecer, emerger desde alguna parte” (p. 70). La democracia de la chusma radical malogró los lugares y las jerarquías que Lugones añoraba en la hora de la espada, que con su filo “hará el orden necesario, implantará la jerarquía indispensable que la democracia ha malogrado hasta hoy” (p. 180).

La guerra contra el indio repite el mismo esquema. Hay por momentos atribución de humanidad, indios y gauchos están ahí. Pero no están ahí para poder legítimamente asumir una voz que les permita poner el mundo en palabras, sino que están ahí para ser domesticados por la historia, desplazados a un lugar en esa

¹ Alberdi, J. B., *Derecho Público Provincial*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Departamento Editorial, 1956, p. 100. Cit. en Botana, *El orden conservador*.

distribución de lugares en el que son y no son humanos, son y no son animales. Son humanos en tanto son “capaces de sutilezas” (p. 149), pero no lo son en tanto el azar y la necesidad regulan su vida de derroche y despilfarro. Son sujetos a los que siempre les falta algo. Sujetos de una carencia, diría Pierre Clastres, pueblos sin rey, sin ley y sin fe.

Podría decirse que el acento que pone Kohan en los discursos sobre las guerras que analiza no está puesto en los enemigos. La mirada se nos va para otro lado en estas guerras. El caso más fuerte es quizás el de Victoria y Rodolfo Walsh, y Videla. El problema de estas formas de narrar las guerras no reside en quién es con precisión el enemigo, el problema está en los efectos de esas formas de narrar. Y el efecto es esa distinción de una distribución de lugares en los que algunos y algunas quedan del lado de la carencia, de la incapacidad, en un lugar relativo y ambiguo de humanidad. La guerra de la que hablan Videla y Walsh no estuvo fundada en el reconocimiento de la incapacidad del enemigo. Todo lo contrario, ambos bandos se reconocen como enemigos. Reconocer como enemigo supone compartir un espacio común de representación que es la guerra. Pero la guerra que estructura ese campo la libran tanto unos como otros, es la guerra por dominar lo que se señalaba anteriormente como “violencia popular”, es la disputa por la definición de lo que será el pueblo.

La partición de la vida comunitaria entre capaces e incapaces persiste en ese campo de representación en el que el objeto en disputa es un pueblo a la vez inerte e impredecible, inerte en tanto manipulable, impredecible en tanto su vida depende de las contingencias de la necesidad.

La guerra del país es entonces la disputa por definir y dar forma a ese pueblo.

Esa guerra, de la cual las otras serían batallas, es la guerra que analiza Clastres en *Arqueología de la violencia*. Para él, la política es la matriz de todas las diferencias, es decir, que en cierto sentido sería anterior lógicamente a la guerra, que siempre presupone diferencias pre-existentes a ella. “La política es la madre de la guerra” dice Clausewitz, citado por Kohan. Aún así, la guerra es central para esa matriz, junto a la exogamia que hace a la posibilidad de tejer alianzas en esas guerras. En este sentido, ambas definen las fronteras tanto externas (¿quién es parte de la comunidad?) como internas (¿qué función cumple cada quien al interior de esa comunidad?) del *demos*.

La guerra del país puede ser así comprendida como esa partición de la vida comunitaria que se explora en *El país de la guerra*, en cada una de sus batallas.

Pero lo realmente traumático es cuando emerge la posibilidad de que la partición se diluya. De que la brecha que separa a ambos campos se achique. La posibilidad de que esa partición se desarme provoca reacciones y expectativas distintas en los discursos en los que opera. La reacción más comúnmente encontrada es la pavora y la indignación.

Esta partición y la posibilidad de que una de las partes no se quede en el lugar y la función que naturalmente le corresponde fue percibida y tratada con mayor precisión por la literatura antes que las ciencias sociales. El abismo que generan las brechas que se abren al momento en que irrumpe lo popular se expresa en *Cabecita negra*, en “Las puertas del cielo”, en “La ciudad de los sueños”, y un largo etc. Es en

estos textos, entre otros obviamente, donde la guerra por definir el pueblo se torna ladina, funcionando en un oscuro segundo plano pero operando claramente.

Por último, me interesaría rescatar otro punto que hace de *El país de la guerra* un libro que es necesario leer. Vuelvo al capítulo sobre el General Paz. Allí Kohan menciona que el afán de Paz de hacer de los gauchos soldados estaba en completa sintonía con los desvelos civilizatorios de Sarmiento. Habría que pensar si esa sintonía entre lo político y lo educativo no nos está mostrando un vínculo más profundo entre ambos registros. Si la “guerra del país” muestra que el punto que articula al “país de la guerra” es esa partición de la vida comunitaria en dos partes, la de la ignorancia asistemática y la de la racionalidad metódica, es bastante plausible pensar que hay una similitud entre una relación política y una relación pedagógica. La educación puede pensarse como la posibilidad de que esa brecha abismal entre la ignorancia y la racionalidad se estreche o se ensanche. Pero ya no pretendiendo normalizar al ignorante, sino deconstruyendo la brecha misma. Lo que debería quedar claro, gracias al libro de Kohan, es que en el país de la guerra y en cualquier país suturar esa brecha es imposible.

Sebastián Barros - IESyPPat/UNPSJB - CONICET